

Rojas. Militancia antifranquista a través de la literatura testimonial femenina

Angelina Puig i Valls

«Yo no quiero, ni he querido durante todos los años que he estado en la prisión, que nadie tenga que pasar por lo que yo he pasado, lo que han pasado los que yo he visto, lo que hemos pasado todos nosotros. He pensado que al régimen que hacía esas cosas, había que combatirlo, que ni un solo momento había que dejar de hacer algo para que desapareciera, que hubiera una sociedad diferente, no para hacer nosotros lo mismo que hacían ellos. Yo estoy completamente de acuerdo con la política de reconciliación [...] Una de las cosas que sí quiero y por eso accedo a hablar de todo lo que hemos pasado, es porque por encima de todo quisiera que sirva de ejemplo a los demás y que sepan lo que es un régimen fascista y una dictadura como la que hemos tenido, como testimonio, sí, accedo y explico todo lo que hemos pasado y cómo hemos vivido durante los once años que estuve en prisión y todo los días que estuve penada a muerte, lo que han pasado los niños y lo que suponía para la familia. Además de que hemos estado en la cárcel, también he sido mujer de preso y he tenido que visitar cárceles. He tenido a todas mis amistades que han estado perseguidos, detenidos...»¹

«Y por último quiero decir que estoy contenta de que se haga algo de las mujeres, pues nos tenían un poco olvidadas y la lucha es tanto de hombres como de mujeres, y tenemos la prueba de las caídas. No había detención en la que no hubiese mujeres. Y en mi opinión, sin la colaboración de las mujeres en la lucha los hombres no hubieran podido hacer muchas cosas. En cambio cuando ha salido algún libro, las mujeres no aparecemos para nada, y hemos sufrido tanto las mujeres como los hombres la represión en comisarias, en las cárceles o en la calle»².

Ignoradas

Las aportaciones de las mujeres a la historia son difíciles de conocer porque han sido sistemáticamente ocultadas, borradas, presentadas de forma opaca de manera que son difíciles de entender, o pasan desapercibidas. En general han sido ignoradas o minusvaloradas. Esto pasa particularmente con las actividades políticas de las mujeres y muy concretamente con la militancia femenina antifranquista. Un ejemplo, relacionado con el tema que

¹ Testimonio de Antonia Toñi García, en CUEVAS, Tomasa, *Carcel de mujeres*, Barcelona, Ediciones Sirocco, 1985, p. 65.

² Testimonio de Josefa Pérez Medel, en CUEVAS, Tomasa, *Mujeres de la resistencia*, Barcelona, Sirocco, 1986, p.173.

tratará este artículo, lo constituye el trabajo que realizó la *Commission Internationale contre le régime concentrationnaire*, que a pesar de estar formada por dos mujeres ex presidiarias en campos de concentración nazi, olvidó completamente a las presas políticas³. Esta comisión hizo un trabajo crítico resultante de contrastar las fuentes oficiales facilitadas por el gobierno, con el resultado de 106 relatos recogidos de los propios encarcelados. Publicó íntegramente treinta y siete de éstos, y sólo uno fue de una mujer. Paradójicamente, como señala R. Vinyes, la comisión favorecía con ello «el discurso franquista sobre las mujeres: la negación de su presencia política en la cárcel». Las autoridades franquistas aceptaban la existencia de presos condenados por “rebelión marxista” durante la guerra o al finalizar esta, pero no aceptaban calificar como detenidos políticos a los posteriores. «Al parecer aquella gente había cometido ‘delitos no comunes posteriores a primero de abril de 1939’ por supuesto, no había mujeres condenadas por actividades políticas tan sólo mujeres de vida extraviada». De hecho, las mujeres disidentes desaparecieron estadísticamente, algo que no pasó con los hombres encarcelados, que al menos aparecían con la ambigüedad de estos extraños «delitos no comunes»⁴.

Conscientes de ello, algunas mujeres han intentado dejar memoria de estas presencias a través de sus propios testimonios o recogiendo los de otras mujeres⁵. Porque como afirma Juana Doña, encarcelada durante dieciocho años en los presidios franquistas, las mujeres no han sido un «grano de arena» en la lucha de resistencia. Por eso denuncia la marginación y el desinterés por las luchas protagonizadas por ellas, cuando no «ha habido una sola lucha antifascista donde las mujeres no hayan participado»⁶.

Seguramente las mujeres, en general, han intervenido menos en lo que se conoce como vida política. A lo largo del tiempo, del espacio, de las clases sociales y de las culturas, las mujeres en general han gozado de menos

³ VINYES, Ricard, “On és Antígona?”, en *Notícia de la negra nit. Vides i veus a les presons franquistes (1939-1959)*, Diputació de Barcelona, 2001, pp. 55-61.

⁴ VINYES, Ricard, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2002, pp. 40, 44, 46 y 155.

⁵ Es paradigmático el trabajo de Tomasa Cuevas que recorrió todo el país buscando a sus antiguas compañeras de presidio y recogió sus relatos en tres volúmenes de narraciones orales. En el mismo sentido se están rescatando, por las propias mujeres, otras resistencias femeninas, por ejemplo: SCHAD, Martha, *Mujeres contra Hitler. La resistencia femenina al régimen nazi*, Barcelona, Península, 2003, donde a través de esbozos biográficos descubrimos una serie de mujeres, la mayoría desconocidas para la opinión pública, que ya en tiempos del nacionalsocialismo emergente dudaron de la capacidad política de Hitler. Más adelante tuvieron suficiente valor para pasar a la resistencia, pagando un duro precio: una persecución implacable, cárcel, guillotina.

⁶ DOÑA, Juana, *Desde la noche y la niebla (Mujeres en las cárceles franquistas)*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1978, pp.15-18.

tiempo para realizar tareas no estrictamente definidas como sus obligaciones; de menos libertad que los hombres para decidir qué hacer con su tiempo; de poca independencia económica para no depender de nadie y ser amas de nuestras actividades, e incluso, a menudo, de menor información para elegir comportamientos que se alejen de los más usuales. Sin embargo, según sea la definición que hagamos de militancia, y según sea el espacio que consideremos lugar de “hacer” política, encontraremos más o menos presencia femenina. Temma Kaplan, cuando estudia la vida política barcelonesa en el período 1888-1939, constata que los estudios sobre este período «han tendido a pasar por alto la abrumadora participación de mujeres activistas en la política de base»⁷. Esta afirmación desvela ya en qué nivel encontraremos mujeres (o más mujeres) militando. Es el papel secundario, del que nos habla Dolors Calvet, «no secundario en el riesgo, sino en la capacidad de decisión»⁸.

Y sobre el lugar donde se realiza la militancia, Kaplan considera «las calles y cafés como escenarios políticos significativos y así la actividad de las mujeres en unos y otros y en los movimientos allí surgidos adquiere una posición central»⁹. Piensa en ello, Carme Molinero, cuando se pregunta «¿qué consideramos relevante en la acción colectiva?, ¿De qué manera la concepción masculina que utilizamos del concepto clase obrera determina quiénes son los protagonistas de la historia que escribimos? O bien ¿sólo algunas actividades son relevantes en la clandestinidad?»¹⁰. Es decir, además del espacio donde se desarrolla la actividad política, y el lugar que se ocupa en la organización o el movimiento social, cabe preguntarse sobre el carácter o definición de la misma actividad política, y por tanto de la militancia.

Hace años, Kaplan ya mostró cómo la extensión al ámbito público de las responsabilidades privadas de las mujeres se convertía en el motor de la acción colectiva de muchas mujeres que aceptaban la división del trabajo entre hombres y mujeres. En ese proceso las redes de relaciones de la vida cotidiana se iban politizando, y crecía la conciencia de las mujeres¹¹. Más recientemente concreta este proceso con el concepto “concienciación

⁷ KAPLAN, Temma, *Ciudad roja, periodo azul. Los movimientos sociales en la Barcelona de Picasso (1888-1939)*, Barcelona, Ediciones Península, 2003, p.17.

⁸ DI FEBBO, Giuliana, *Resistencia y Movimiento de Mujeres en España 1936-1976*, Icaria, 1979, p.8.

⁹ KAPLAN, Temma, *Ciudad Roja...*, cit., p.17.

¹⁰ MOLINERO Carme, “Historia, mujeres, franquismo. Una posible agenda de investigación en el ámbito político”, en *V Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Universidad Castilla-La Mancha, Albacete, 2003.

¹¹ KAPLAN, Temma, “Conciencia femenina y acción colectiva: el caso de Barcelona, 1910-1918” en J. Amelang y M. Nash (eds.), *Historia y género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1990, pp. 267-295.

femenina”, al comprobar el papel clave de las mujeres en ciertos aspectos de la vida política desarrollada en las calles barcelonesas durante los primeros años del siglo XX¹². El conocido papel de alguna mujer con nombre y apellidos, o las actuaciones de mujeres obreras que, al extinguirse la insurrección de julio de 1909, pidieron la libertad de todos los prisioneros y pretendieron que las fábricas estuvieran cerradas hasta la amnistía, son algunas de las razones para usar el mencionado concepto. Durante los años 1917 y 1918 la inflación y la escasez se cebaron sobre la población civil barcelonesa, y aumentaron las dificultades de las mujeres trabajadoras para encontrar alimento, combustible y techo, de manera que el problema de la subsistencia provocó nuevas exhibiciones públicas de “concienciación femenina”. Según Kaplan, «el mundo cívico de las mujeres barcelonesas de clase trabajadora era mucho más localista que el de los varones, en tanto que tenían que lidiar a diario con problemas como las condiciones higiénicas del vecindario o los precios de la alimentación en el mercado. Pero al mismo tiempo también era un mundo más global, pues las mujeres trabajadoras se arrogaban el derecho de defender a toda la humanidad y su decencia herida. La política masculina se focalizaba en toda una serie de terrenos intermedios: sindical, ciudadano, regional o estatal. Cuando las mujeres abandonaban sus hogares para protestar contra determinadas indignidades o pedir cambios para sus vidas o las de sus familias, lo hacían no en tanto que agentes políticos, sino en nombre de la mismísima conciencia de la comunidad»¹³.

Para paliar el desconocimiento existente sobre la militancia femenina en el franquismo, Carme Molinero propone algunos campos de investigación, no sin avisar –en consonancia con lo expuesto anteriormente– que para encontrar mujeres deberemos analizar «las redes que desde abajo se tejen para hacer posible la acción y proteger a sus componentes, de manera que estas actividades puedan mantenerse en el tiempo». O que no podemos rastrear «en el pasado buscando exclusivamente mujeres singulares que cuestionaran la desigualdad y se rebelaran contra ella». En este sentido realiza sus propuestas de investigación. Por un lado, es necesario recuperar la historia de las mujeres que aceptaron el papel complementario, de apoyo al hombre y la familia, escribir la historia de las mujeres en la que espacios públicos y privados se conectan y a veces se solapan, y por otro, conocer también «a las mujeres protagonistas, anónimas todavía en muchos casos, pero que contribuyeron como individuos en la acción colectiva para

¹² KAPLAN, Temma, *Ciudad Roja...*, cit., p.162: «Las mujeres desempeñaron un papel crucial en todos y cada uno de los aspectos de la insurrección que estalló en la ciudad el 26 de julio de 1909. Como otras huelgas generales precedentes, la Semana Trágica fue a un tiempo reafirmación pública de la solidaridad comunal y expresión de las reivindicaciones laborales».

¹³ *Ibidem*, pp. 171, 178, 179, 208 y 209.

transformar la realidad y en la apertura de nuevas expectativas para generaciones futuras»¹⁴.

Sería, además, de gran interés un estudio sobre la función política de la mujer de preso¹⁵. Ya cuando Di Febo estudió las resistencias femeninas con la ayuda de testimonios de varias mujeres, a instancia de ellas mismas recogió el testimonio del exilio y de la guerrilla, pero también de la mujer de preso porque «además de símbolo y testimonio de la represión, se convertía en estos años en una función política». Realmente basta leer el hermoso y trágico relato sobre Antonia Vázquez para comprender la verdad que encierra esta afirmación¹⁶.

Con la intención de avanzar en esta perspectiva, voy a tratar la militancia de las mujeres contra el franquismo, a partir de la literatura testimonial femenina¹⁷. Para, no solamente afirmar que las mujeres existieron, o que realizaron un trabajo auxiliar y de acompañamiento al de los hombres, ni tan siquiera para recordar su heroísmo, el sufrimiento y el valor que tuvieron, sino para resaltar y analizar su lucha, su militancia, y mostrar que lejos de la subalternidad que se les atribuye, sus actividades, al margen de las de sus maridos o compañeros, fueron esenciales para la existencia de la resistencia antifranquista. Sin su participación no hubiera habido organización política en la cárcel, no se hubieran mantenido las guerrillas y no hubiera resistido, en la clandestinidad, la organización política en la calle.

Subalternas

Incluso, es necesario reflexionar sobre el valor que las propias mujeres dan a su activismo político porque, a menudo, con excepción de aquellas que conscientes de su papel político histórico han expresamente rescatado del olvido sus actividades, o las de otras mujeres, suelen hablar de su acción política sólo si se las interroga específicamente sobre ello, dando prioridad en un relato libre a otras facetas de sus vidas; o tienden a minusvalorar sus tareas. Es decir, ellas mismas, muchas veces, ven su trabajo

¹⁴ MOLINERO, Carme, op.cit.

¹⁵ DI FEBO, Giuliana, "Memoria de mujeres en la resistencia antifranquista: contexto, identidad, autorepresentación", *Arenal*, 4/2, 1997.

¹⁶ DI FEBO, Giuliana, *Resistencia...*, pp. 87 y 122-123.

¹⁷ A través de testimonios de las mismas protagonistas: CUEVAS, Tomasa, *Cárcel de...*, cit.; id., *Mujeres...*, cit., GARCIA, Consuelo, *Las cárceles de Soledad Real*, Barcelona, Alfaguara, 1983; Doña, Juana, op. cit., CASTRO, Nieves, op. cit.; ROMEU ALFARO, Fernanda, *El silencio roto. Mujeres contra el franquismo*, El viejo topo, 2002. También me serviré del testimonio de Antonia Valle (entrevistas realizadas para mi tesis doctoral, el 14-III-85 y 29-V-86), *De Pedro Martínez a Sabadell, una immigració no exclusivament econòmica. 1950-1970*, Tesis doctoral, UAB, 1990.

como subalterno. Por ejemplo Tomasa Cuevas, a pesar de estar organizada en las Juventudes Unificadas y desarrollar un papel destacado en la organización, cuando al finalizar la guerra detenían a los dirigentes políticos, al ser avisada de ello, no vacila en responder «yo no soy ninguna dirigente»¹⁸. Sus verdugos no opinaron lo mismo.

En efecto, al terminar la guerra, mujeres y muchachas que habían defendido la República o que antes de la guerra habían pertenecido a algún partido político, sindicato o asociación de mujeres fueron castigadas cruelmente perdiendo la libertad e incluso la vida. Pero algunas sufrieron igualmente sin estar directamente involucradas, pagando el hecho de ser mujeres de rojos. Tomasa Cuevas nos explica «la mentalidad de aquellas mujeres [en la cárcel de Durango] era que la guerra la hacen los hombres, la mujer para el hogar. Sin embargo, cuántas de aquellas mujeres que no habían salido de sus casas ahora las habían tenido que abandonar para compartir, al igual que el hombre, las cárceles franquistas. El motivo: no haber aparecido el padre, el esposo, el hijo, el hermano, e incluso en algunos casos, el novio»¹⁹. El contexto es el de un país en el que, en la práctica, la guerra civil se ha transmutado en otra contienda quizás más cruel: la institucionalización del terror como forma de dominación política²⁰. Un régimen que estatuyó la tortura y negó los derechos humanos básicos. En la década de los cuarenta la “justicia” franquista sigue encarcelando a mujeres que no eran políticamente activas:

«Hacían tales redadas y razias tan indiscriminadas que te encontrabas mujeres en la cárcel por políticas, que ellas mismas no sabían por qué estaban allí [...] En Madrid conocí a una mujer a la que habían metido por decir en una cola de pan: ‘Menos Franco y más pan blanco’. Y a ésta, fíjate, la habían colgado desnuda por los pies, y le habían azotado de tal manera que le dejaron el cuerpo abierto de llagas»²¹

Se entiende que la actitud de estas mujeres y la de las militantes fuera distinta. La conciencia de las mujeres presas por su actividad política era mayor que la de las detenidas arbitrariamente, y seguramente por eso, estas últimas padecieron aún más su desgracia²². Sin embargo, a pesar del grado

¹⁸ CUEVAS, Tomasa, *Cárcel...*, cit., p.45.

¹⁹ Toma Cuevas, a propósito del testimonio de Rosario Sánchez Mora, op.cit., p. 153.

²⁰ En expresión de CARRILLO, Marc, “El marc legal de la repressió de la dictadura franquista en el período 1939-1959”, *Noticia de la negra nit. Vides i veus a les presons franquistes (1939-1959)*, Diputació de Barcelona, 2001, p. 24; y en “¿Un “revival” de naftalina?”, *El País*, 2-XII-2003.

²¹ GARCÍA, Consuelo, op. cit., p.114.

²² Compañera de Cuevas, que no quiso dar su nombre ni su propio testimonio si no el de otras mujeres: «Las jóvenes y algunas veteranas luchadoras de organizaciones políticas y sindicales

desigual de responsabilidad entre las que trabajaban conscientemente en la política en la clandestinidad, y las que se limitaban a prestar alguna ayuda a las personas comprometidas en las organizaciones resistentes, éstas sabían que, si caían, recibirían un castigo que no se correspondería con el nivel de su actuación. A partir de 1945 la labor política se intensificó como consecuencia de la repercusión de los sucesos internos y externos al país. A causa del desarrollo de la guerrilla entraban mujeres en Ventas, condenadas por haber albergado a los guerrilleros en la sierra o por haber desarrollado actividades como enlaces, y que traían por tanto nuevas experiencias de lucha²³

Analizar la implicación de las mujeres en las guerrillas es inevitable. En general, suele vérselas realizando un papel subalterno, como madres, hijas o hermanas de guerrilleros. Sin embargo, no se ha valorado suficientemente la responsabilidad directa que las mujeres tuvieron, tanto en la propia guerrilla en el monte, como realizando tareas de enlace entre la guerrilla, la ciudad y la organización política. Porque, incluso si es cierto que a menudo esta implicación más directa se producía después de años de colaboración, sin ésta colaboración no hubiera sido posible ni la existencia ni la persistencia de la propia guerrilla. De modo que, a lo que se llama “colaboración”, debe dársele la significación política que le corresponde. Esto se hace evidente en algunas trayectorias personales que veremos más adelante, que muestran esta relación constante y vital para las guerrillas entre la ciudad, o la estructura política, y el monte, así como el papel que en ello jugaron las mujeres.

La entrada de mujeres guerrilleras en las cárceles supuso, en algunos casos, una nueva diferenciación entre las presas, porque las que entraron por haber escondido y ayudado a la gente del monte, dándoles comida, o preparándoles ropa, carecían de una formación política:

podían considerar su detención con una perspectiva más amplia, pero las mujeres detenidas por no haber encontrado al marido, al hijo, por haber insultado a los fascistas, por haber gritado contra los aviones que bombardeaban, por haber sido de izquierdas, por haber votado al frente popular, por haber lavado ropa para las milicias (recibiendo condenas de considerable duración), que habían sido golpeadas e injuriadas al ser detenidas, para todas estas mujeres el drama individual era un sufrimiento irracional e inesperado [...] En cuanto a las detenidas por asuntos de posguerra, a los primeros expedientes se les denominaba de hechos continuados y tenían una diferencia: todas sabían que estaban implicadas en actividades clandestinas y que las sentencias, y sobretudo el trato recibido en Gobernación, era durísimo. La actitud mental era por consiguiente diferente: nadie esperaba justicia ni piedad, pero hubo algunos casos en que simplemente se habían limitado a actuar de estafeta, sin un conocimiento muy claro del contenido de las cartas que pasaban por sus manos, de condenas de veinte años e incluso de pena de muerte de quienes encabezaban los expedientes», CUEVAS, Tomasa, *Cárcel de...*, pp. 16-17.

²³ DI FEBO Giuliana, *Resistencia...*, pp. 53 y 55.

«En Ventas es la cárcel donde yo vi llegar los primeros grupos de mujeres de las guerrillas de Extremadura. Mujeres que no tenían ninguna preparación política y que las habían detenido por haber escondido y ayudado a los guerrilleros, o por haberles dado comida, o a lo mejor, porque sus hijas se habían hecho novias de ellos. Algunas eran mujeres muy mayores»²⁴

De las mujeres que podemos afirmar sin duda que solo se ceñían a colaborar con la guerrilla (les lavaban la ropa, les daban de comer, les curaban en caso de enfermedad, les dejaban sus casas para descansar o incluso para esconderse), como las barcelonesas de principio de siglo, seguían haciendo de “cuidadoras” de los suyos. Y, como demostró Kaplan, en el proceso de pasar a la esfera pública sus responsabilidades privadas algunas protagonizaron, también, un proceso de toma de conciencia. Así era el mismo contexto represor el que podía transformar una mujer no organizada en una militante más. Eso fue lo que ocurrió a una madre que escondió a su hijo guerrillero hasta que éste se mató, antes de dejarse coger vivo. Entonces la mujer pensó «que era una pena que los refugios, nunca descubiertos, estuviesen vacíos con tanto huido como había en el monte. A partir de aquel momento conscientemente puso el escondrijo al servicio de la guerrilla. Cuando lo descubrieron detuvieron a esta mujer y sus dos hijas. Así las Castiello pasaron por el calvario de distintas cárceles». La compañera que explica este caso a Tomasa Cuevas reclama el reconocimiento para las actuaciones de estas guerrilleras y, sin embargo, ella misma les resta significación política, aunque entiende muy bien el proceso de toma de conciencia:

«Cuando desde el exterior se ha hablado de las guerrillas, de los huidos, de todas esas cosas, son éstas, entre otras, las personas en quienes se debe pensar. No en lo que significa políticamente, sino en lo que significa humanamente, en la cantidad de valor, abnegación y sentido de la responsabilidad que representan; y eso en mujeres no incorporadas en la lucha organizada, pero que supieron demostrar que toda forma de lucha crea conciencia de clase y permite una incorporación y una integración a niveles muy amplios de sectores hasta entonces al margen»²⁵

Otras mujeres encarceladas nunca se las considera presas políticas, pero desde una perspectiva de historia de género (que desvela una mayor complejidad) es evidente que debe dárseles esta categoría. Por ejemplo, mujeres castigadas por haber realizado o sufrido abortos. El aborto según la legislación franquista constituía un delito penado con prisión, sin embargo

²⁴ GARCÍA, Consuelo, op. cit., p.126.

²⁵ Testimonio de las Castiello, en CUEVAS, Tomasa, *Cárcel...*, cit., p. 27.

durante la república el aborto fue despenalizado. Así, para las mujeres el resultado de la guerra civil constituyó una doble pérdida de libertad: como persona y como mujer. Posteriormente, en las luchas feministas y a favor de la democracia durante la Transición, el derecho al aborto fue una de las reclamaciones paradigmáticas de la lucha hacia la libertad.

Soledad nos cuenta que en Málaga, donde convivían comunes y políticas, entre las primeras «había muchas por aborto y asesinato de niños recién nacidos, porque en Málaga, por el honor de la soltera, tenía mucho atenuante el asesinato de los niños recién nacidos y se daba mucho»²⁶. El testimonio de Antonia Valle nos proporciona, también, un caso de pérdida de libertad por un delito de género. Cuenta que una cuñada de Queipo de Llano estaba encarcelada acusada de realizar abortos.

Otras mujeres que se encontraban en las prisiones eran, además de las prostitutas, las que sin ser ladronas ni delincuentes habituales, habían sido detenidas por tareas relacionadas con el estraperlo. Y también en este caso, cabe preguntarse si esas mujeres no actuaban como las barcelonesas de principios del siglo XX, puesto que participaban en el mercado negro generalmente para obtener alimentos y así garantizar la supervivencia de sus familias.

Protagonistas

Como ya hemos visto hasta aquí, las mujeres estuvieron siempre en todas las actividades de la resistencia a la dictadura, y sufrieron por ello más aún que sus compañeros. A menudo su participación se debía al hecho de acompañar y ayudar a familiares militantes, pero eso no quita que ellas tuvieran un protagonismo esencial por sus propias actividades y que, debe resaltarse, las actividades llamadas “de colaboración” fueran imprescindibles para la existencia de la misma resistencia. Estas acciones, cuando son realizadas por varones, no se califican de subalternas y menos de colaboración, simplemente forman parte de un proceso –ocurre en todas las actividades humanas– que está dividido por tareas de distinto nivel, todas ellas imprescindibles para la ejecución final del mismo. Además, lo veremos más adelante, las mujeres deben salvar unas dificultades objetivas muy superiores a las de los hombres.

Empecemos con las presas políticas. Se suele clasificar a las personas presas por delitos políticos en «anteriores» y «posteriores» en relación «con la Victoria, referente perpetuo de división temporal en España durante la dictadura»²⁷. En las décadas de los cuarenta y cincuenta, mujeres que consiguieron burlar la persecución del final de la guerra, o algunas de las que

²⁶ GARCÍA, Consuelo, op. cit., p. 153.

²⁷ VINYES, Ricard, op. cit., pp 20-24.

sobrevivieron a las crueldades de las cárceles de aquellos primeros años o a las condenas a muerte, una vez puestas en libertad contactaron, más o menos inmediatamente, con su organización política y emprendieron la lucha contra la dictadura. Y en muchas ocasiones por estas actividades fueron o volvieron a las cárceles franquistas. A veces se confiesa que, después del inmenso terror de calabozos y cárceles, al salir de la cárcel no se tuvo valor para seguir militando, aunque en los distintos relatos analizados la mayoría de mujeres encarceladas, al recuperar la libertad, buscan incansablemente al “partido” para reincorporarse a la lucha²⁸.

¿En qué consistía la militancia de estas mujeres?

Además de los testimonios recogidos por Tomasa Cuevas, y los de otras obras ya mencionadas, el relato de Antonia Valle ilustra bien la vida de las presas políticas en las cárceles franquistas y, por lo tanto, la militancia dentro de ellas. Recuerdos todos que muestran, antes que nada, que en la prisión las mujeres activistas tuvieron necesidad de orden y limpieza para preservar su dignidad de personas, así como de momentos de relajamiento para poder seguir viviendo. Estos instantes fueron posibles porque las reclusas, con el tiempo, llegaron a ocupar cargos de responsabilidad que les permitieron un cierto poder en la organización carcelaria, y por la solidaridad general entre las presas. Ambas cosas permitieron transgredir muchas normas, que la masificación general y la falta de funcionarios, hacían imposible cumplir²⁹. Antonia Valle, con dieciséis años, cofundó con otras compañeras de su pueblo natal granadino la Asociación de Mujeres Antifascistas³⁰. Detenida el 5 de abril de 1939, fue juzgada junto a doce muchachas más, el día 27 de enero de 1940, y condenada a cadena perpetua. La pena le fue rebajada a doce años y un día y consiguió la liberación el 20 de diciembre de 1943, acogiéndose a la ley de octubre de 1942, al reducir la pena a través del trabajo:

«¡Es la historia tan larga! Pues ya en poco tiempo, como te digo, como te he dicho antes, pues nos meten en la cárcel. Cuando entraron los nacionales, pues yo dije: ‘¡Malo!’ [...] Ahora que aquella cárcel estábamos organizadas

²⁸ La mayoría de los testimonios recogidos en las obras que cometamos son de mujeres comunistas.

²⁹ Abel Paz, quizás de forma exagerada lo explica: «los presos eran los que llevaban el peso administrativo y los trabajos auxiliares en toda la cárcel. La mayoría de los funcionarios y muchos oficiales eran semianalfabetos. Los presos suplían esa deficiencia.... Hubo momentos en la cárcel en que los presos eran casi los dueños de la misma: sólo faltó que el administrador o director fuese de los nuestros», en *Noticia de la negra nit. Vides i veus a les presons franquistes (1939-1959)*, Diputació de Barcelona, 2001 p. 277.

³⁰ El pueblo es Pedro Martínez que, en 1940, tenía 4.162 habitantes, en RODRÍGUEZ TITOS, Juan, *Pedro Martínez*, Ayuntamiento de Pedro Martínez, 1998.

igual. ¡Allí estaba en la cárcel: la flor y nata de la juventud comunista!. De hombres y mujeres en Granada. Y luego de Granada nos trasladaron a Málaga.

¡Pero es que allí, pues mira! ¡Es que éramos! Los centinelas, había cuatro garitas que daban al patio de la cárcel, y...siempre estaban ‘asomaos’ ¡Centinela alerta! ¡alerta!. Así dando señal de vida. Había una [chica] de Granada, se llamaba Lidia Monleón, era de Albaecín. ¡Eso era canela en rama!. Y salíamos al patio, entonces jugábamos a la rueda. Jugábamos a la rueda y decíamos

‘El corro chirimbolo que bonito es, con un pie, otro pie, con un codo, otro codo...!’

Y alzábamos así el puño!’.

Algunos militares eran muy buenos, y otros eran unos canallas. ¡Uno tiró un tiro en la ventana! Sí, porque ¡claro, ya hablábamos cosas, decíamos que eran los fascistas. Que si él era, le decíamos, así a señas. Decía yo: ‘¡Tú de éste!’ [saludando con el brazo en alzo].

‘¡Pues tu así!’ [Decía el guarda señalando que les cortaría el cuello] ¡Claro sí éramos jóvenes! No pensábamos en las consecuencias que podían traer eso. ¡Pues niña!, dieron un parte al director, y a las, serían las once de la noche, las diez o por ahí de la noche, cuando echaron a todas al patio a formar. ¡Mira aquella noche, con todas al patio a ver quien había sido, quienes le habían dicho eso a los militares y quien le había dicho a los militares que en la cárcel mandaban los rojos, y quienes éramos de Negrín, y todo aquello!

¡Y allí, nadie, nadie dijo, ni fulana ni la zutana!

Nosotras es que nos poníamos, habíamos un grupo, pues ya ves ¡un grupo de mujeres revolucionarias!. ¡Pero todas comunistas!. Nos ponían a la parte de abajo, y claro nosotras pues, cuando cantaban el *Cara el Sol*, nosotras lo cantábamos a viceversa, y con la mano así [saludando con el puño alzado], ¡claro no así! [salutación fascista]. Cuando cantábamos el *Cara el Sol*, nosotras lo cantábamos a la contra.

‘¡Arriba rojos a vencer que Negrín vuelve a España otra vez!’

¡Y yo que sé, la pila de cosas, de coplas que nos sacábamos! Y luego las coplas que teníamos de cantar en el recuento, antes de ¿cómo te diría yo?, antes de romper filas. Pues primeramente teníamos que cantar: ‘Nace el día que no muere’. Y nosotras cuando llegábamos, la cantábamos, decíamos:

‘Alza la bandera, la del Frente Popular ¡Qué viva el comunismo que en todo el mundo ha de triunfar!’

Yo estaba en la Brigada n. 6, y la verdad a mí me ha ‘gustao’ el orden, porque yo he ‘pensao’ que estaba recluida y que yo, que estaba allí por algo más, tenía que cumplir. Pero yo siempre me ha ‘gustao’ el orden aunque he sido revolucionaria pero yo he ‘estao’ sometida a unas leyes en una prisión y hay que acatarlas ¿no comprendes?.

¡En fin!. que me pusieron de delegada de la brigada de mujeres, allí en la oficina. Yo tengo fotografías, de todas las muchachas de la oficina, eran dos oficinas.

Cuando me llaman y me dicen que me llama el director. Y me dijo que me redimía, que me pasaban dos días por uno. Allí me presentó el director y la

monja: que yo era una autoridad allí en la prisión y que a mí me habían de respetar como a una hermana»

El relato de Antonia demuestra que esa búsqueda de orden y limpieza está estrechamente enlazada con la militancia política de las mujeres. La actitud de Antonia con relación a la cuñada de Queipo –encarcelada por practicar abortos– es una buena muestra de cómo asegurar la limpieza en la cárcel se convertía en factor de dignidad para las presas:

«Pero niña tenía un hueso dentro de mi brigada! ¡Tenía la hermana de la mujer de Queipo de LLano! Que estaba allí por infanticidio: era comadrona. ¡Pero conmigo se le acabó!

Le dije: ‘amiga aquí, tú serás todo lo que seas, pero tú eres una reclusa y tú vas a salir a la calle igual que todas’.

¡Bueno, pues le digo!: ‘Doña María, mañana usted cuando toquen al recuento, usted saldrá a la calle como las demás’.

Digo: ‘usted se equivoca, aquí en la cárcel, usted aquí es una reclusa y usted tiene que salir al recuento y mientras esté en el recuento todos los petates tienen que estar arriba, para cuando, mientras se pasean en el patio hacer la limpieza de la habitación’.

¡Bueno! A la otra mañana, yo ya lo consulto con las que más, y digo: ‘mañana tenemos que pintar eso’. ¡Porque estaba la brigada negra! Teníamos unos estantes de madera que también estaban negros. Pues los fregamos bien fregados en el patio y a la hermana le pedí yo, a la hermana de arriba le pedí cal. Armé unos bidones de cal. Pues allí estuvo ‘blanquea’ la habitación. Ya veras, una por un ‘lao’, otra por otro, una hacía esto, otra fregaban lo otro. ‘Ara’ yo también ayudándoles a fregar lo que podía. Pero le dije ‘aquí el petate, porque sino aquí se pisoteará. ¡Vamos a hacer limpieza de la brigada y vamos a blanquear y todos los cacharos estos vamos a salir para limpiarlos, ‘pa’ fregar. Y usted tiene que levantarse ya’»

Como afirmaba una informante de Giuliana di Febo, «la cárcel no es un paréntesis en la vida. Es un nuevo terreno de lucha [...] Ellos tratan de crear aquí todas las condiciones para que nos embrutezcamos. Y nosotras, contra viento y marea, debemos hacer todo lo humanamente posible para no dejarnos embrutecer, y vigilamos severamente hasta en los más mínimos detalles. Un simple relajamiento de lenguaje, de limpieza, por pequeño que sea, tiene su importancia. Significa una concesión hecha al enemigo»³¹.

³¹ DI FEBO, Giuliana, op. cit., p. 47. Esta parece ser una constante que se repite en otras latitudes y en el tiempo. Así Nawal Al-Sa’dawi, cuenta: «Nuestra vida en prisión se inició con la reparación del aseo [...] Ese fue el primer punto en el que nos pusimos de acuerdo, el primer terreno compartido por todas las compañeras de celda, con velo o sin él [...] En la primera reunión comenzamos a distribuir las tareas y responsabilidades, de manera que

Ricard Vinyes nos dice que el objetivo del sistema penitenciario franquista era «transformar la humanidad en la pura nada»³², por tanto todo lo que las presas hicieron para no sucumbir se ha de considerar la base de su activismo político. La primera respuesta política es vivir con dignidad. Las mujeres, quizás sin elucubraciones filosóficas o/y políticas, tuvieron la capacidad de adivinar y penetrar en la esencia del mismo sistema y comprender que lo más importante era luchar para conservar la dignidad humana. Y esa relación entre resolver las necesidades colectivas para preservar la dignidad personal individual lo entiende muy bien Soledad, cuando afirma:

«nosotras las comunistas, siempre tratábamos de alimentar nuestro cerebro en la cárcel, preocupándonos de nuestros problemas y de los de las demás. Realizábamos un trabajo de cara a los demás y es que nosotros, de cara a nosotros mismos, lo necesitábamos. Quiero decir que esta especie de vigilancia, esa militancia, esto de decir: Tú eres la responsable de la sección de ayuda, y tú te has de ocupar de saber dónde hay más necesidades y de repartir comida, o tú eres la responsable de un servicio sanitario y tú debes saber si llegan medicamentos o si se necesitan, y hay que pedir, o hay que comprar, todo esto recaía sobre nosotras, nos permitía vivir»³³

Vinyes ha precisado las diferentes maneras de nombrar los grupos de ayuda que se formaron en las cárceles: los de las mujeres, que se organizaron en «familias», y los de los hombres que se organizaron en «comunidades»; y «como la actividad de la mujeres, su política real», consistió en movilizar en lo posible actividades comunitarias para tener el día completamente ocupado y romper aquella «erosión del encierro»³⁴.

Esta actividad, curiosamente, conectaba con su papel tradicional de responsables del cuidado de las personas, aunque esta vez tenían que empezar por ellas mismas. Porque, además, los testimonios disponibles señalan que los hombres recibieron más atención del exterior que las mujeres. A ellos, sus familiares (sus mujeres) les dedicaron en general su vida y el partido les pasó regularmente información política y del momento histórico. Sin embargo, para las mujeres, «en modo alguno se creó un sistema de solidaridad estable para ellas en el exterior, por lo que su vida dependía de ellas mismas, tan sólo de ellas, mucho más que de la familia que

pudiéramos vivir en condiciones humanas en la celda», en AL-SA'DAWI, Nawal, *Memorias de la cárcel de mujeres*, Madrid, Para horas y horas, 1993.

³² MOLINERO, Carme, SALA, Margarida y SOBREQUÉS, Jaume (eds.), *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2003, pp 170-172.

³³ GARCÍA, Consuelo, op. cit., pp. 131 y 132.

³⁴ VINYES, Ricard, op. cit., p. 144.

habían dejado fuera, en condiciones de precariedad»³⁵. Aunque parezca mentira, muchas veces desde la prisión fueron ellas las que siguieron siendo el sostén de la familia³⁶. Como cuenta Juana Doña:

«sabiendo que sólo podía contarse con las propias fuerzas y las de sus hermanas de cautiverio [...] por donde pasaban mantenían una posición de resistencia y dignidad, una especie de cordón umbilical las unía de cárcel a cárcel y cada protesta y cada lucha traspasaba los muros de las prisiones, las protagonistas sabían que pronto su acción sería comentada y saludada por sus hermanas presas en otras cárceles. En cada penal se luchaba como se podía por ir conquistando al menos el derecho de ser tratadas como personas [...] Aquello era un mundo de mujeres y eran ellas quienes daban soluciones, en esos largos años; sin ni siquiera ponérselo en cuestión rompiendo el mito de la pasividad. Sus grandes dotes organizadoras se revelaron en múltiples facetas, y por vez primera en aquel mundo encerrado, fueron dueñas de sus decisiones y desarrollaron su inteligencia para dominar aquel mundo infrahumano, haciéndose más fuertes que él»³⁷

El cuidado del cuerpo, en general, se ha considerado una actitud femenina tildada a menuda de frívola o superficial. Por eso, tiene un significado especial comprobar como esta vilipendiada y/o menospreciada faceta femenina constituyó una característica de contestación. Las presas políticas tuvieron un especial cuidado (una “obsesión” en palabras de una de ellas) en velar por mantener un aspecto físico digno. Ese objetivo, difícil en la situación de higiene y penuria de lo más elemental, se transforma en un acto político de no-claudicación, de fuerte valor y desafío ético. Ricard Vinyes señala que, precisamente por eso, cuando se impusieron los uniformes en las cárceles a partir de 1947, la alteración en el vestir fue severamente controlada y su transgresión castigada³⁸.

Son innumerables los testimonios de mujeres que giran alrededor de la importancia de este cuidado personal: «Mónica, la modista, me hizo mi vestido para salir a juicio [...] Todas íbamos muy arregladas y parecía que

³⁵ Ibidem, pp. 144, 190 y 716. La excelente obra de Vinyes, imprescindible y pionera, describe y analiza el sistema penitenciario franquista, y cómo las presas políticas ocuparon su tiempo dentro de él.

³⁶ Así, los hermanos de Margarita Sánchez cuentan que ésta, aún cuando fue detenida, siguió siendo el alma de la casa, desde distintas cárceles les mandó mensualmente cincuenta pesetas que se sacaba haciendo tapetes “las esperábamos como agua de mayo; cuantos meses pagábamos la casa y algunas cosillas más con el dinero que nos mandaba de la cárcel, así era Margarita; cuanta hambre no pasaría ella; pero su preocupación éramos nosotros», en CUEVAS, Tomasa, *Mujeres...*, p. 123.

³⁷ DOÑA, Juana, op. cit., pp. 231 y 234.

³⁸ VINYES, Ricard, op. cit., p. 127.

íbamos a una boda en vez de un consejo de guerra... sólo quería causar buena impresión de tranquilidad y coraje ante un consejo de guerra»³⁹. Maria Salvo nos hace apreciar el jabón como tesoro: «*La neteja era gairebé una obsessió. Lluitàvem amb tots les nostres recursos a fi de no ser envaïdes per polls, sarna, elements naturals en aquell amuntegament*»⁴⁰. Otra forma de lucha en las cárceles franquistas fue la rebeldía de las reclusas ante ciertas imposiciones. Un hecho repetido fueron las presiones para que asistieran a los actos religiosos, y una contante la resistencia de las presas⁴¹.

La dignidad y la lucha se recuperan también a través de la solidaridad, las actividades culturales y recreativas, y el trabajo⁴². A través del trabajo un hombre o una mujer pueden sentir más su humanidad. Pero tuvieron que discutir y acordar si aceptaban los empleos que les ofrecía aquel sistema penitenciario. Esta fue una de las discusiones políticas más trascendentes. Y una vez decidida de forma positiva, lucharon contra la explotación que el trabajo contenía en un medio privado de libertad. Imponiendo a sus carceleros, después de luchas y castigos, máximos en la producción para disminuir la explotación a las que las sometían:

«Una posición mantenía que aceptar servicios subalternos de cocina, enfermería, oficinas, etc., era tanto como colaborar con la dirección, por lo tanto con el fascismo; era así mismo, abrir una vía a la dirección, para que

³⁹ Testimonio de Tomasa Cuevas, en CUEVAS, Tomasa, *Cárcel...*, pp. 98-100.

⁴⁰ *Notícia de la negra nit*, cit., p. 314.

⁴¹ «‘Charlas’ de las ‘catequistas’; del cura; ‘rosarios’; misas interminables, etc., la reclusión política también, como en todas los penales, se resistía a esta presión y luchaba como podía por sus derechos de presos políticos, comenzó con una resistencia pasiva y una negativa rotunda a colaborar sin participar para nada en sus letanías”. En San Sebastián se negaron rotundamente contra la imposición de que un “via crucis” se hiciera todo de rodillas, e incluso alguna comunes se sumaron a la rebelión que terminó con una huelga de hambre. Y demostraron tener mucha fortaleza para no claudicar en sus convicciones. Juana Doña, al hablar de una compañera, afirma era “una vergüenza ver como cada día la mortificaba el cura para que se confesara y era verdaderamente heroico por parte de una chiquita tan joven como defendía su posición de que la dejasen en paz diciendo que no confesaría», DOÑA, Juana, op. cit., p. 227.

⁴² Así, se organizaban toda clase de actividades culturales en un sentido muy amplio: teatro, zarzuela, coros, deportes: baloncesto, ajedrez... De manera que comenta Maria Salvo, «*el ritme de vida que portàvem era intens: taller, assaig, treball polític, classes de cultura general, lectura de premsa quan podíem aconseguir i labors. Algunes persones m’han preguntat com se’m devien fer llargs els dies i s’han sorprès quan els he dit que ens faltava temps per realitzar tot allò que teníem programat*». Laia Berenguer resalta la cárcel como universidad de muchas de ellas: «*Ensenyàvem a escriure a llegir a les analfabets i les que no tenien estudis superiors, rebien lliçons de les més preparades*», en *Notícia de la negra nit*, cit., pp. 292 y 281.

ésta pudiese justificar sobre los ‘cargos’ el desastroso funcionamiento de la cárcel. No se debía colaborar; que los servicios los hicieran ellos. Frente a esto, una mayoría opinaba que precisamente por las condiciones infrahumanas en que se vivía, porque la dirección fascista de la prisión era la causante, sin importarle un ápice la vida de la reclusión, tenían que aprovechar los pocos recursos que se les ofrecía para ayudar a las presas a sobrevivir»⁴³

Queda claro que no se puede conceptualizar de “política” sólo el trabajo organizado de partido, porque reduciríamos lo que globalmente fue la militancia, el activismo o la contestación al régimen dictatorial. Esta manera de hacer las cosas cotidianas era discutida también en el “partido”, es decir, entre ellas mismas organizadas como “partido”. Y desde esta concepción de estructura discutían temas que podían ir desde la propia ordenación de las tareas, como qué hacer para ayudar a los niños de la galería de madres, o decidir ocupar o no lugares estratégicos en el funcionamiento cotidiano de las cárceles⁴⁴. Además esta condición de “política”, este sentimiento de pertenencia a una organización con su red establecida dentro y fuera de los penales, ese alimento espiritual de discusión y reflexión política, fue lo que facilitó la solidaridad. Una política de solidaridad organizada y planificada: respuesta colectiva y no sólo personal. Con razón ellas hablan de «vida de partido».

Sorprende esta manera de hacer. Las mujeres, más o menos olvidadas por la dirección del partido, se organizan en “partido” y hacen “vida de partido”. Y eso era así porque se trataba de mujeres que comparten una ética de la organización, que alcanzamos a entender mejor gracias a palabras como las de Eugenio Meson (veinticinco años) a Juana Doña (veintitrés años), su compañera, cuando en la carta de despedida antes de ser ejecutado, reafirma su compenetración: «en el concepto superior de que nuestra vida pertenece al Partido y a la Revolución»⁴⁵. O en las de Nieves Castro cuando declara: «Mi historia pertenece a mi Partido y no tengo ningún derecho a mancillarla»⁴⁶. Aunque en las distintas cárceles se daban situaciones repetidas, en realidad cada una de ellas era un mundo⁴⁷. La cárcel de Ventas se diferenció de las

⁴³ DOÑA, Juana, op. cit., pp. 141-142 y 154.

⁴⁴ VINYES, Ricard, op. cit., pp.150 y 161.

⁴⁵ DOÑA, Juana, *Querido Eugenio. Una carta de amor al otro lado del tiempo*, Barcelona, Lumen, 2003, p. 41.

⁴⁶ CASTRO, Nieves, op. cit., p. 156.

⁴⁷ «En Ventas el partido estaba organizado por galerías y cada galería tenía su dirección y cada galería hacía su Mundo Obrero, que se hacía a mano. Copiar el boletín clandestino que salía cada semana. Para hacer las reuniones teníamos determinadas celdas y determinadas compañeras que vigilaban. En las celdas que teníamos para hacer las reuniones echábamos a las camaradas que vivían allí y entraba el comité responsable de la galería, o el comité responsable del periódico, o el comité que se tuviera de reunir. Y en una celda al lado de la

demás cárceles porque al estar en Madrid les era más fácil a las organizaciones políticas mantener un contacto con el interior. En las demás, donde quizás la lejanía fue un factor difícil de soslayar, las mujeres dependieron más de ellas mismas.

La “vida de partido” ha sido minuciosamente analizada por Ricard Vinyes, y la podemos resumir diciendo que allí donde se tenía contacto con el partido organizado en el exterior, se tenían más o menos información política, se leía y se discutían temas políticos. Y que siempre, y sobretodo, cuando el partido era ellas mismas organizadas como tal, la actividad se concretaba mayormente en discutir, acordar y organizar las distintas tareas de la cárcel para hacer más llevadera la vida de todas y en especial de las más débiles, ya fueren las mujeres mayores, las enfermas o las criaturas. La huelga, instrumento por excelencia de las luchas laborales y políticas, fue usada igualmente por las presas, a pesar de las malas condiciones en las que se encontraban, y a los castigos y represión a los que se exponían. Y, aunque el sostén mutuo fue la solidaridad entre ellas, la vida de partido también estuvo ensombrecida por las divisiones, malos entendidos, sectarismo y poca generosidad:

«Al nivel de partido yo personalmente me lo pasé muy mal en Ventas, porque las compañeras de mi expediente veníamos divididas desde Barcelona y en Ventas se profundizó esta división porque las camaradas del partido de allí, unas, se unieron a un grupo, y otras, al otro [...] Para mí fue muy amargo. Porque cuando yo llegaba a las reuniones notaba que la gente iba prevenida. Empezaron a hacerme el vacío y esto me destrozó de una forma horrible»⁴⁸

En los testimonios carcelarios aparecen con frecuencia las guerrillas. Son múltiples los ejemplos que muestran el papel protagonista de las mujeres y la dificultad de precisar si se trataba de un papel secundario, cómo suele calificarse, o si lo que describimos como “colaboración” forma parte intrínseca de la lucha guerrillera. Es el caso de las hermanas Martínez. En su casa escondían a los guerrilleros en el pajar y los proveían de comida. El alcalde, cacique del pueblo, les iba estrechando el acoso y las represalias por ser de izquierdas, hasta que Esperanza planteó a su padre que se iba al monte:

cancela había siempre una camarada vigilando y había una consigna para cuando llegase la funcionaria. Entonces salíamos rápidas a los lavabos. De todas las políticas éramos nosotras (las comunistas) las que hacíamos una vida de organización más intensa», en GARCÍA, Consuelo, op. cit., pp. 140 y 141.

⁴⁸ Ibidem, pp.143 y 144.

«si quiere se viene conmigo, y si no se queda con mis hermanas aquí, pero yo antes de que me cojan me voy. Mi padre dijo ‘Pues vámonos todos, porque yo tampoco me quiero dejar coger. Si me han de pegar un tiro, para que me lo peguen aquí, que sea en el monte, al menos que me pueda defender’ [...] marchamos al monte todos, la misma noche; Reme, su padre, y padre, mis dos hermanas, mi cuñado y yo, todos de golpe a una hora determinada a donde los guerrilleros nos habían dicho»⁴⁹

O, el caso de Carmen Díaz que nos cuenta:

«Salí en libertad y otra vez a luchar con otros camaradas del Partido, empezamos a reorganizarlo. A mi compañero Matías Martínez Palau le fusilaron en Yecla, había sido Secretario General del Comité Provincial. En Sevilla después de salir de la cárcel, conocí a un camarada que era muy buena persona y me uní a él. Seguimos por no variar, luchando. Primero estuve en Córdoba, luego fui a Málaga y después a Granada y Sevilla. El Partido me planteó la necesidad de conectar con las guerrillas [...] por la noche me iba al monte con los camaradas del Partido a buscar las guerrillas; los encontramos y volví otra vez a Sevilla. El Comité Regional mandó a mi compañero una temporada en el monte. De Sevilla me fui a Granada y se estableció el contacto con los guerrilleros. Yo era el enlace con los camaradas del Comité Regional, había una relación entre la gente de la cárcel y la gente de la guerrilla. En este tiempo hubo un trabajo intenso en Granada y Málaga»⁵⁰

Manuela Moreno nos explica que, cuando salió de la cárcel, «las guerrillas estaban formadas en Aragón y empecé a trabajar con ellos, como enlace. Mi casa acabó siendo punto de apoyo de las guerrillas. Venían a descansar y a buscar las cosas que necesitaban. [...] nos daban propaganda [a ella y a su marido] para echar por la calle y nosotros lo hacíamos [...] incluso el 14 de abril de 1947 pusimos la bandera republicana en el viejo castillo del pueblo». En 1948 la detuvieron y como a la inmensa mayoría «me torturaron mucho». Salió en libertad de Alcalá de Henares en 1962: «Y cuando llegué a casa me encontré con que mis hijos no me querían porque no me conocían y a mi marido inválido de un ataque de embolia»⁵¹. O el de Lucía, que de pueblo en pueblo y por espacio de más de dos años, no sólo ayudó a los “del monte”, sino que organizó toda una red de colaboradores y todas las horas de su vida las dedicó a la lucha activa: «Ella suplió

⁴⁹ Testimonio de Esperanza Martínez, en CUEVAS, Tomasa, *Mujeres...*, pp. 12-15.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 93.

⁵¹ *Ibidem*, pp. 66-67.

multiplicado por cuatro, el esfuerzo de su marido y hermano (fusilados los dos)»⁵².

En las cárceles se vivió muchos años siguiendo con regularidad los hechos de la segunda guerra mundial, con la esperanza que la derrota del fascismo supondría la liberación de España y de ellas mismas. Después de las desilusiones respecto a qué supondría para el país la situación europea, para las presas sólo quedaba la esperanza de las guerrillas :

«el pueblo estaba amordazado y maniatado, el miedo le acogotaba, no tenía organizaciones obreras y a quien osaba levantar un dedo le cortaban el codo. Sólo los núcleos armados del monte..., así pues, era a ellos a quienes había que ayudar [...] Y por insólito que parezca, de las cárceles de mujeres salió ayuda no sólo moral, sino material para las guerrillas»⁵³

Cuando empezaron a aparecer mujeres y muchachas provenientes de las guerrillas o colaboradoras de ellas en las cárceles, en algunas ocasiones, también se produjeron diferencias entre las presas políticas y estas últimas. Así, Amada Martínez cuenta que, al llegar a Alcalá de Henares, se encargaron de ellas mujeres que no eran del partido:

«se preocuparon de nosotras, de pasarnos comida, de hacernos todo lo que fuera; y las camaradas que estaban dentro del Partido no se ocuparon absolutamente de nada, que lo lógico hubiera sido que las camaradas que estaban en el Partido nos hubieran llamado; es decir, que a unas camaradas que procedían de las guerrillas se les contara la situación de la cárcel, que hay unas camaradas fuera y otras que estaban dentro [...] A pesar de ello más adelante se unieron todas y empezamos a hacer vida de Partido»⁵⁴

Otra cuestión de vital importancia que aparece en los testimonios de militantes represaliadas es la relación de éstas con sus hijos e hijas⁵⁵. En la obra de Vinyes se ha desvelado por primera vez la relación entre las mujeres y sus criaturas, pero, no obstante, quiero acentuar la unión madre (o mujer) con sus hijos (o con los hijos de las demás), más allá de la tragedia humana que supuso, por su influencia en las mujeres como sujetos políticos. La actividad de las presas políticas no pudo escaparse de esta relación. Es una diferencia fundamental entre hombres y mujeres: el trato que unos y otras tienen con las

⁵² DOÑA, Juana , *Desde la noche...*, cit., p. 237.

⁵³ Ibidem, pp. 231-232.

⁵⁴ CUEVAS, Tomasa, op. cit., pp. 36-37.

⁵⁵ Hoy contamos ya con trabajos muy interesantes, no sólo escritos, como el magnífico reportaje de los servicios informativos de TV3 *Els nens perduts del franquisme*, basado en la obra de R. Vinyes, que recoge las experiencias de mujeres encarceladas en las cárceles franquistas que fueron separadas de sus hijos.

criaturas propias o ajenas. Que acentúa, si cabe aún más, el papel protagonista de las mujeres a pesar, o precisamente, de los obstáculos objetivos que tuvieron que superar. En la cárcel las mujeres hubieron de compartir sus vidas con sus hijos e hijas, o los de sus compañeras de infortunio. Para las mujeres, madres o no, llegó a ser una pesadilla que aumentaba la crueldad del encierro, por eso el mismo cuidado de niños y niñas constituyó, también, una actividad militante.

Los ejemplos son múltiples. En el primer libro de Tomasa Cuevas, donde veintidós mujeres recuerdan su historia y las de otras muchas compañeras, hombres y criaturas en la inmediata postguerra, desde su detención hasta su liberación a través de su paso por las cárceles franquistas, el hambre, la sed, el frío, la suciedad, las enfermedades o el terror de las sacas⁵⁶ son constantes que cuentan cada una de ellas, pero una de las cuestiones más angustiantes es el recuerdo de los niños y su dolor. Tenemos el testimonio de mujeres con pena de muerte, como el de Antonia de Yunquera. Sus compañeras le recuerdan cuando la sacaron a ajusticiar: «matarme con ocho hijos. ¡Qué animales! ¡Qué asesinos! No tienen perdón». Y después de los lamentos las peticiones para no dejar desamparadas a sus criaturas: «¡Si conoces alguna vez alguno de mis hijos pequeños lávalos la camisa!»⁵⁷. O aquella otra mujer que, cuando la iban a matar, salió con el puño en alto y gritando: «'compañeras, no saludéis, que a vosotras os castigan, pero pensar en mis hijos, que me dejó a mis hijitos'. Esta mujer dejó a sus hijos al amparo de la gente que los quisiera, porque a toda la familia la eliminaron»⁵⁸. Otra pesadilla es la de los niños enfermos (hepatitis, epidemia de encefalitis letárgica), el hambre y la sed de las criaturas:

«Los niños pequeños que quedaron con sus madres, los pobres lo pasaban mal; sólo tenían el rancho igual que cada recluso, sin más leche, sin nada más; al poco tiempo se murieron dos; entonces también protestamos y habilitaron una sala para bajar a las madres con los niños [...] Y luego los niños. Yo no he visto en ninguna cárcel niños como los he visto en Zaragoza, niños de ojos febriles, brillantes, con eso barrigones, y esas patitas canijas que ya no pueden sostener el cuerpecito, y apáticos, sin moverse, sin fuerza ya. En ninguna cárcel de España, y he pasado por ocho, he visto niños así»⁵⁹

Ante esta situación, las mujeres comunistas también se organizaron para hacer frente a tanto sufrimiento: «En Málaga, como las madres tenían que trabajar mucho y los niños andaban abandonados, las camaradas nos

⁵⁶ Testimonio de Blasa Rojo, en CUEVAS, Tomasa, *Cárcel...*, «el sufrimiento de pensar en las sacas, es el mayor tormento y el mayor sufrimiento que puede tener un ser humano», p. 67.

⁵⁷ Testimonio de Pascuala López González; *Ibidem*, p. 60.

⁵⁸ Testimonio de Nieves Waldemer Santisteban; *Ibidem*, p. 80.

⁵⁹ GARCIA, Consuelo, *op. cit.*, pp. 107 y 118.

planteamos proteger cada una un niño»⁶⁰. Los testimonios de estas torturas a niños, niñas y mujeres son muchos y escalofriantes⁶¹. Pero las mujeres que tenían sus hijos fuera de los penales no lo pasaron mejor, porque muchos quedaron sin protección alguna⁶². Y los pequeños que lejos de sus madres encontraron un cuidado y un cariño, les llegó de otras mujeres que fuera de la cárcel cuidaron las criaturas de sus hijas, sobrinas, hermanas o amigas:

«Mi pobre madre, a mí no me podía pasar nada, estaba con los dos niños en la calle, y deseando que le dieran algo para dárselo a sus nietos [...] La madre, la pobre, se quedó con un hijo que tenía Dolores, pequeñín, pidiendo limosna por Brihuega [...] Dos añitos lo tuvo con ella en las cárceles; después su abuela se lo llevó al pueblo»⁶³

Pero además de los sufrimientos que padecieron junto o separadas de sus hijos, hay otra cuestión muy significativa para entender la vida militante de las mujeres. Ellas, tanto en prisión como en libertad, viven siempre con el sentimiento de culpabilidad por su dedicación política que impide una relación maternal tal como la tiene definida la sociedad. Esto no ocurre jamás a los hombres:

«Y todo eso vivido con remordimiento y combatiendo siempre entre la responsabilidad de la lucha y la de madre. Cuando salió,...la recriminaban [su hermana y los mismos hijos] que había abandonado a sus hijos por hacer

⁶⁰ Ibidem, pp. 86 y 158.

⁶¹ Tomasa Cuevas nos dice, por ejemplo, que «estas criaturas, hiciera frío o calor, lloviese o nevase, quedaban separadas todas las mañanas de las madres y en unas cunitas los tenían en el jardín. Aquellas criaturas, sin alimentos y sin nada se morían de diarreas, estaban todos llenos de granos, llenos de miseria...!Era una cosa espantosa! [...] cuando algún niño había hecho algo, lo castigaban y lo ponían de rodillas todo el tiempo que duraba el famoso rosario. Hay que ver las madres de esas criaturas lo que han Pasado y lo que han sufrido», en *Cárcel ...*, cit., p. 94.

⁶² Tomasa Cuevas cuenta que «En aquella cárcel llegamos a ser más de dos mil mujeres. Había muchos niños [...] Habían puesto una fecha tope para sacar a los niños de la cárcel y las madres se desesperaban. ¿Qué iba a ser de los niños? ¿Dónde los llevarían? ¿No los volverían a ver más?», en *Cárcel...*, cit., pp.105-106. Otros testimonios, como el de Pilar Pascual Martínez, redunda en recuerdos parecidos: «¡Cuántas veces me he acordado de cómo iba mi hija [con 10 años] a la puerta de la cárcel! Yo pedía: ¿Hacer el favor de que bese a mi hija, que está llorando en la puerta?. Me la entran y la besaba, pero mi nena se iba con un llanto que se moría, y yo...! Cómo me quedaba yo!...», p. 206.

⁶³ Testimonio de Blasa Rojo; Ibidem, pp. 65.

vida de partido, pero ella siempre dijo que cuando el partido la mandaba algo lo hacía siempre pensando en el bienestar de sus hijos»⁶⁴

Hoy, transcurrido más de medio siglo de aquellos hechos, los programas políticos empiezan a atajar con demasiada prudencia lo que llaman conciliación entre la vida personal, laboral y familiar para avanzar en la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres. En aquel entonces, las mujeres ya son conscientes de esta disyuntiva que resuelven con dolor porque la actividad política en la clandestinidad requiere viajes constantes, cambios de domicilio, de nombre y de identidad, incompatible con el papel de madres. Y el peligro de caer, y la realidad de las caídas, con la consiguiente privación de libertad que comportaba la pérdida de contacto normalizado con la familia. En la práctica no tenían otra alternativa que decidirse por una de las dos facetas, viviendo su decisión con pesar y como una losa más sobre sus espaldas, a diferencia de los hombres que, aunque naturalmente padecieron su alejamiento de los seres queridos, no se les sumaba la duda sobre cuáles eran sus responsabilidades. Y a pesar de ello, es evidente la militancia activa de las mujeres. Este dilema las hacía mucho más vulnerables, y las autoridades franquistas lo usaron como chantaje hacia las madres presas. Razón de más para resaltar el valor de esas militancias políticas:

«Coincidió con la huelga de hambre que se produjo en Segovia en el año 49...ya embarazada de siete meses, en cuya huelga fue muy acosada por la dirección de la cárcel para que comiese diciéndole que lo que estaba haciendo era cometer un asesinato en contra de su hijo»⁶⁵

⁶⁴ María Blazquez del Pozo; *Ibidem*, p.134. La misma Tomas confiesa que, «Sin embargo, nos faltaba algo propio, nuestra hijita, y yo lloraba su ausencia. Tenía la impresión de que la conciencia me gritaba que no la tenía que haber dejado; ya me había pasado muchas veces esto, sobre todo cuando me sacaba la leche del pecho cuando estaba sirviendo», en *Mujeres...*, cit., p.298. Y Juana Doña se pregunta «¿Por qué siempre tienen que ser las madres, las mujeres, quienes llevan la peor parte?. El padre pobre no se funde en un todo con el hijo pobre. Preso o no el padre recibirá la noticia de su hijo muerto, la noticia concreta y el golpe le sumará en el dolor, pero es un dolor que nada tiene que ver con la agonía de sentir cada minuto que aquello se te va, que a pesar de tu infinito cansancio y fatiga no puedes cerrar un ojo, porque te empeñas en “ver” y sentir hasta el último latido de aquel corazón», en *op. cit.*, p. 170.

⁶⁵ Otro ejemplo es el de Josefa Beneito López de Alberique que estuvo cuatro años y medio en prisión desde el 22-IV-1939, por haberse casado por lo civil en la casa del Partido. Era joven y sólo era simpatizante. No la dejaron en libertad hasta 1943, gracias al indulto de los doce años y un día. El 29-IV-1950 la volvieron a coger por ayudar a las guerrilleras. La detuvieron, con su madre, en su propia casa después de una batida entre guerrilleros y Guardia Civil: «A mi hijo [tenía 12 años] lo dejaron en la calle porque era pequeño y hasta que no

Sin embargo, esa vulnerabilidad es a la vez su fortaleza puesto que las mujeres –madres o no– asumiendo estas actitudes maternas o de cuidadoras construyen unas vidas menos escindidas que la de los hombres. Nieves Castro lo define muy bien cuando afirma «que la lucha por la vida, la responsabilidad de madre y el deber de activista se fundieron en una sola tarea y ésta fue toda la vida de una combatiente»⁶⁶. Los relatos de las mujeres encarceladas nos dejan entrever, asimismo, cómo se desarrollaba la militancia femenina en la sociedad de los años cuarenta, porque a menudo las mujeres activistas entraron y salieron de las cárceles de la dictadura, y en realidad son las mismas. En la inmediata posguerra Leonor, que había sido miembro del Comité Nacional de la JSU en Barcelona, nos cuenta cuáles eran las tareas políticas que desarrollaban en la postguerra antes que la detuvieran:

«Empezamos a tratar de organizar la JSU. El primer paso fue recordar gente, ir a ver, producir núcleos en los barrios, reclutar gente. Ir a las casas a vender sellos y pedir ayuda para los campos de concentración y para las cárceles, y buscar imprentas donde se pudiera imprimir algo. Pero es que el trabajo clandestino bajo las condiciones de estos años, cualquier cosita, suponía esfuerzos fenomenales. Además es que tenías que trabajar bestialmente para sobrevivir. O sea, que sólo con establecer contactos, con reunirte y hacer un estudio político con el material que te llegara y la prensa, para saber cómo estaba la situación en los frentes, el crear un boletín, y hacerlo circular entre la gente que conocías, quiero decir que todo esto en pleno fascismo victorioso suponía un trabajo enorme. Y así, aunque eran cosas muy pequeñas las que hacíamos: ir a la cárcel, llevarle algún paquete a un preso, pegar sellos, ir a ver algún camarada del que nos habían dado la dirección y tratar de reintegrarlo al trabajo, cualquier cosita en estos años nos costaba esfuerzos tan fenomenales que yo perdí mi trabajo porque no tenía el tiempo necesario para hacerlo bien»⁶⁷

Por eso, la lucha clandestina de las ciudades en los años cuarenta:

«estaba constreñida a grupos totalmente minoritarios, voluntaristas y heroicos, desligados de las masas y por tanto vulnerables a los golpes de la policía [...] cada seis meses había que empezar de nuevo [...] la prensa clandestina de impresión con letras de imprentilla y tampón: imprimir y

pasaron 12 meses no supe nada de él. Lo habían recogido de la calle unos familiares [...] A mí los civiles me hacían sufrir tocándome el punto flaco: ‘Y ¿qué vas hacer con tu hija [de meses, en la cárcel con ella] porque te vamos a matar?’. Y ella respondía que muera conmigo, y aún se reía la guardia civil ‘¿Y cómo lo vas a consentir?’, me decían»; Ibidem, pp. 45-48.

⁶⁶ CASTRO, Nieves, op. cit., p. 157.

⁶⁷ GARCÍA, Consuelo, op. cit., p. 88.

repartir prensa clandestina, organizar grupos de solidaridad con los presos y perseguidos, esconder antifascistas, recibir una carta del extranjero, leer boletines de la BBC, participar en reuniones clandestinas, etc. eran delitos por los que se jugaban la vida o condenas de treinta años [...] aparte de las torturas de los que ninguno se libraba. La represión seguía tan virulenta como en los años 39-41 [...] en todas las caídas había un puñado de mujeres, que demostraban, por lo general, ser al menos tan valerosas como los hombres»⁶⁸

Laia Berenguer nos cuenta, paradójicamente, que en la cárcel era más fácil militar que en la calle:

*«debatre de política com llavors no ho he fet mai més, perquè, a part, de tenir moltes hores, hi havia dones que en sabien molt, estaven molt preparades [...] a la presó vam tenir molta activitat, molta més que al carrer, perquè era molt més fàcil: allà estàvem totes juntes»*⁶⁹

No obstante, como hemos dicho, la mayoría de las mujeres al quedar en libertad, o cuando las guerrillas fueron disueltas, protagonizaron un proceso de búsqueda y reencuentro con el partido —en el caso que no salieran ya de la prisión con contactos establecidos— con itinerarios distintos, con una gran movilidad geográfica y con salidas al exterior, para burlar la policía y la represión. Inevitablemente intercalando períodos de libertad con períodos de cárcel. El tercer libro de Tomasa Cuevas ofrece numerosos recorridos personales de estas características. Podríamos ilustrar este itinerario a través de la misma Tomasa, procesada por el artículo 237-238 que equivalía a treinta años de cárcel, o pena de muerte, por organización de partido y contacto con guerrillas. Al salir de la cárcel, en Madrid vuelve a trabajar para el partido. Al cabo de un año empieza el periplo de muchas ciudades, escondiéndose en Zaragoza, Valencia y Madrid. En 1948 está en Tarragona, busca otra vez contacto con el partido pero al tener que presentarse cada quince días al juez y al estar vigilada por la policía «decidieron que por una temporada me mantuviera al margen de actividades políticas, por el peligro que yo representaba para el trabajo del Partido, y por mi misma. Mi trabajo fue entonces de solidaridad y ayuda a la cárcel. Aparte de que me mantenía en contacto con los amigos, para tener una información política»⁷⁰. O el caso de Carmen Casas, que en 1939 en Francia su padre contactó con el partido y ella también se hizo militante: «A partir del año 40 fui incorporada a la Juventud y estuve trabajando en varios departamentos de Francia como responsable. Teníamos contacto cuando se inició la guerra en Francia, con la guerrilla de la resistencia francesa; ...después en julio del 44, el Partido me

⁶⁸ DOÑA, Juana, op. cit., p. 238.

⁶⁹ *Notícia de la negra nit*, cit., p. 281.

⁷⁰ CUEVAS, Tomasa, *Mujeres...*, cit., p. 71.

envió con otra delegación a trabajar a España». Al cruzar la frontera fue detenida. Estuvo dos meses en la cárcel de Gerona. Luego en Zaragoza «empezamos a reorganizar el Partido. Se reorganizó en Aragón, en Navarra y Rioja y yo tenía la responsabilidad de prensa y propaganda. Tuvimos también contacto con la guerrilla [...] se consiguió algo magnífico para aquella época: que en Zaragoza funcionase una auténtica Junta de Unión Nacional»⁷¹. Al salir de la cárcel se puso a servir y los jueves los dedicó a llevar a sus antiguas compañeras comida y las cartas que recibía ella en su domicilio:

«Nuestra casa fue hasta la liberación, el punto de apoyo de la dirección política de la Resistencia. También confeccionamos el *Mundo Obrero* y se copiaba a mano para algunos lugares. En nuestra casa se hacían diversos materiales y el paso de guerrilleros. Yo vivía casi como una reclusa, no podía tener contactos con nadie. Siempre vigilando y siempre en peligro»⁷²

Antonia emigró en los años cincuenta a Sabadell y también ella se reencontró con su antigua militancia. En la fábrica donde trabajaba conoció a un chico que estaba relacionado con las primeras células del partido Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), que se reorganizó después de la guerra en la comarca barcelonesa del Vallés, formadas especialmente por inmigrantes andaluces:

«Ya una vez a mediación de un chico que trabajaba en la fábrica, que así hablando de que yo era comunista y tal, pues él decía que él conocía en Barbará a un chico que también era del PC. Y él militaba también, ¡pero claro!, él no se fiaba todavía de mí ¿sabes?. Y yo ya cuando le dije que había ‘estao’ presa, yo ya me franqueé. Entonces ya pues me dijo: ‘¿Tú querías conocer a unos chicos que son del PC?’. Eran de Guadahortuna que estaban empezando a organizarse, allí en Barbará. ¡Y había muy buena gente!. Y entonces a través de mí por la fábrica... ya vinieron y tuvimos unas reuniones en casa de mi Manuel. Y ya desde ahí, pues había unos cuantos y ya empezamos a organizar. Entonces este Carmona conoció el PC a través de nosotros.. Y entonces yo aquí ya empecé a conectar, con el padre de la Emilia, con un vecino mío...Y sí ya ingresaron muchos y mujeres y ‘too’. Y así aquí se organizó casi todo. Todo Torre-romeu éramos del PC. El PC de España, ya se unificó con el PSUC. ¡No que se unificó, sino que el PCE y el PSUC eran iguales! ¿Sabes? Y ya nos metimos todos en el PSUC. Y a luchar y a trabajar y a hacer propaganda y a vender periódicos y ¡en fin!»

⁷¹ Ibidem, pp. 67-68.

⁷² Ibidem, pp. 247 y 151.

Las mujeres también intentaron organizarse como mujeres. Según Fernanda Romeu el primer documento que ella encontró que demuestra este hecho es del año 1943, en el que mujeres del País Vasco y de Andalucía llaman a celebrar el ocho de marzo. Y nos recuerda que en 1946 en las primeras huelgas generales en Mataró, Terrassa, Sabadell, Euskadi y Madrid la participación de las mujeres fue notable. Que en Manresa y Mataró las mujeres se manifestaron al grito de «¡queremos pan y trabajo!», o que en la huelga general de Barcelona en el año 1951, contra el aumento de las tarifas de los transportes y el coste de la vida, las mujeres gritaron por las calles «¡queremos pan! ¡queremos comer! ¡queremos jornales que nos permitan vivir!».

Ya en los años cincuenta, la Unión de Mujeres Antifascistas de España y la Unió de Dones de Catalunya, en la clandestinidad hacen sus proclamas llamando a las mujeres a la lucha el ocho de marzo, en el Día Internacional de las Mujeres. Destacan las reivindicaciones obreras y la denuncia de las bases americanas⁷³. Protagonistas fueron también en el exilio, en los campos de concentración franceses, en la Resistencia francesa y en la lucha clandestina en el exterior de España, durante la Francia ocupada y más tarde ya liberada, cuando a principio de los años cincuenta pusieron al partido comunista fuera de la ley. Todo ello lo muestra la vida, entre otras, de Nieves Castro⁷⁴.

Y relegadas

Y, sin embargo, a pesar de este protagonismo en la lucha, en la organización, en la resistencia en la cárcel y fuera de ella, en las guerrillas en el monte o la ciudad, en las faenas de enlace o la logística de las mismas organizaciones, en la clandestinidad, en pocas ocasiones desempeñaron tareas de decisión, y también en la democracia fueron relegadas. Es la consecuencia, lo hemos señalado, de una sociedad que tiende a ignorar a las mujeres o que, en el mejor de los casos, considera sus actividades como subalternas, sin entender que sin ellas no hubiera habido organización alguna, y así su protagonismo, pese a desarrollarse por encima de tantas dificultades, no ha sido premiado.

Con sorpresa, en ocasiones con indignación, descubren que algunos hombres sacan un merecido provecho personal de sus sacrificios y luchas anteriores, porque su experiencia se ha convertido en aprendizaje que les permite progresar profesionalmente y/o políticamente. En cambio, ellas se encuentran con que sus saberes no son considerados ni valorados como

⁷³ ROMEU ALFARO, Fernanda, op.cit., pp. 31-32, 38 y 44-45.

⁷⁴ CASTRO, Nieves, op.cit.

importantes, sino vistos de manera subalterna, y que la sociedad y sus propias organizaciones han prescindido de sus posibles aportaciones.

La mayor parte de las mujeres que prestaron sus recuerdos y reflexiones son mujeres que continuaron su actividad antifranquista, y que ya en la democracia siguieron militando, más o menos convencidas de las nuevas formas políticas. Nadie se arrepiente de haber dedicado casi toda una vida a la lucha⁷⁵. Pero pocas, una vez conseguida la democracia por la que tanto lucharon, ocuparon responsabilidades políticas o sociales. Algunas de ellas son capaces, con extrema lucidez y sin renunciar a su vida pasada, de lamentar las diferencias entre ellas y sus compañeros sólo por el hecho de ser mujeres:

«hoy seguimos en la lucha, él [su marido] más que yo. Porque todavía no ha desaparecido la discriminación en las filas de nuestro Partido que existe en relación a la mujer, porque a pesar de todo si la mujer tiene una reunión de Partido y el marido tiene otra, siempre la más importante es la del marido; y si hay un hijo por medio, es la madre quien lo tiene que cuidar»⁷⁶

En este sentido la historia de Adela, de las Juventudes Unificadas, es muy significativa por los trabajos importantes y peligrosos que llegó a realizar, junto y de forma muy parecida a su compañero, y por las diferentes trayectorias finales entre los dos. Al terminar la guerra pasó a Francia, en Toulouse ingresó en el Partido Comunista en 1940, e hizo de enlace sirviéndose de documentación falsa con el campo de Vernet l'Ariege, donde concentraban a los comunistas:

«Tenía que llevar materiales, y como no teníamos maquina de escribir lo hacíamos a mano. Tenía que copiar un documento que había publicado el partido aclarando el problema del Pacto Germano-Soviético, que fue duro de comprender [...] Se hacían bastantes cosas y documentos del partido. En Toulouse tenía que hacerlo yo sola, me faltaba tiempo»

Cuando murió su suegro, decidieron con su marido regresar a España. Ya en Zaragoza se pusieron en contacto con el partido, hasta que volvieron a detenerle: «mi paso por Gobernación y Ventas en Madrid fue posiblemente, lo que más me hizo tener conciencia de la necesidad de la lucha, porque vi aquellas injusticias, aquellas palizas, aquellas monstruosidades. Te juro que

⁷⁵ Josefa Pérez: «En total estuve dieciocho años [en la cárcel]. Se me ha pasado la juventud sin poder disfrutar de nada [...] Muchas veces las mujeres, claro, la generación de ahora no se da cuenta [...] Pero efectivamente, si las demás no hubiéramos hecho algo por la lucha... porque a los primero en todas las manifestaciones y en todas las huelgas que había en los primeros años, nos veíamos siempre los mismos», en CUEVAS, Tomasa, *Mujeres de la resistencia*, p. 172.

⁷⁶ Testimonio de Esperanza Martínez; cit., p. 26.

eso es... ya sabes, es imborrable. Y de ahí el camino de la lucha y la muerte si hace falta». Otra vez en libertad, en Barcelona sin contacto con el partido empezaron a trabajar por su cuenta: «Pero nosotros empezamos nuestro trabajo. A través de Radio España Independiente cogíamos con magnetófono lo que nosotros creíamos interesante» y así confeccionaban, entre sus dos hijos y su marido, un suplemento de *Mundo Obrero* y lo distribuían por correo: «Este trabajo lo he hecho muy a gusto y sobre todo he servido al Partido en algo difícil como es la propaganda». Pero sólo aprendió a operar en las máquinas, rompiéndose la espalda en hacer y trasladar paquetes grandes. Su marido, a partir de las tareas de propaganda, aprendió y aprovechó para profesionalizarse; y políticamente llegó a ser del Comité Central: «A mi... ¿por qué no me han enseñado ¿es que piensan que no somos capaces? O sea que las mujeres en general solo hemos servido para trabajar sin ninguna educación política»⁷⁷.

Varios testimonios de Fernanda Romeu coinciden en lo mismo: «Nuestra lucha ha sido siempre anónima, incluso dentro del PC», nos dice Marina Ferrer. «Con relación al tema de las mujeres militantes dentro de cualquier partido se plantea dos cuestiones. La primera, si te dan una responsabilidad a la hora de encargarte de una misión, pero que cuando ya la tienes a medias consideran que no estás lo suficientemente preparada, y le dan el trabajo que tú has hecho a otro compañero. Y la otra cuestión es que los cargos directivos siempre se los han dado dentro del Partido a los hombres, pero creo que esto pasa en todos los partidos», afirma Vicenta Camacho⁷⁸. A veces, la reflexión es más amarga. Tomasa Cuevas, cuando a los sesenta años relataba su historia a Giuliana di Febo, decía «la única acusación que hago al partido es el no haberme preparado también para otras tareas de naturaleza no meramente activista. Me doy cuenta de que el tipo de labor que entonces hacía, ahora que estamos en la legalidad, no tiene ya motivo de existir y yo, de hecho, me siento políticamente inexistente»⁷⁹. Cuando Teresa Pàmies prologa el primer libro de la importante trilogía de Tomasa –prueba de que esta extraordinaria mujer siguió realizando un incalculable trabajo político, salvando justamente del olvido la enorme tarea que muchas mujeres como ella realizaron como resistentes al franquismo– se muestra en desacuerdo con la introducción de Dolors Calvet, que hace suyo el reproche de Tomasa al partido, olvidando que se trata de reflexiones de la misma Tomasa⁸⁰. Tiene razón Pàmies cuando defiende que «no hace falta llegar a los Comités Centrales para realizarse plenamente en la lucha revolucionaria». Ésta es también una tesis de este artículo, sin embargo la

⁷⁷ CUEVAS, Tomasa, *Cárcel...*, cit., pp. 203, 208-210.

⁷⁸ ROMEU, Fernanda, op. cit., pp. 142-143.

⁷⁹ DI FEBO Giuliana, op. cit., p. 121.

⁸⁰ CUEVAS, Tomasa, *Cárcel...*, cit., pp. 9-10.

frase de Tomasa encierra el dilema y la tragedia de muchas mujeres militantes de base, o con actividades fuera de la política tradicional, que se sienten poco reconocidas por la sociedad e incluso por sus propias organizaciones, que tanto les deben.

Decíamos al principio que hay actividades no catalogadas dentro de la política tradicional, que si consideramos política con una perspectiva más amplia habremos de admitir como acciones militantes. Pero incluso las estrictamente políticas realizadas por mujeres no se han percibido como tales, y pocas mujeres han podido concluir una trayectoria política que hundiera sus raíces en los tiempos de la clandestinidad. Al fin, el resultado es la sensación de inexistencia política, porque son conscientes de que es en estos centros políticos (o económicos, o sociales...) donde se deciden las estrategias a desarrollar, que marcan la vida de las personas. Hoy, muchas mujeres deciden que sus actividades se realicen fuera de los partidos, porque piensan que éstos tienen unas estructuras y formas organizativas obsoletas que no facilitan la conciliación de nuestras vidas privadas con las colectivas, o porque encuentran más valor, coincidencias y complicidades, dentro de otras asociaciones civiles. No obstante, esta elección (?) perpetúa el mundo político tradicional y todo lo que influye en la sociedad, mientras la sociedad corre el peligro de que las mujeres sigamos siendo (casi) políticamente inexistentes. Unos y otras tenemos el reto de no eternizar esta mirada que ignora el trabajo político de la mitad de la población, sea éste como sea y se realice en uno u otro lugar, de dar el valor que se merecen los distintos planteamientos sobre qué es la función política, y no caer en el prejuicio de conceptualizar como subalternas las tareas de unas frente a las de otros. En suma, deberíamos avanzar en un concepto más abierto de política.

Hoy, cuando el quehacer político está sujeto a numerosas críticas por parte de la ciudadanía, quizás sea el mejor momento para avanzar y romper la dicotomía entre la "política real" realizada casi sólo por hombres, y las acciones de las mujeres sin significación aparentemente política. La ignorancia sobre las ocupaciones de las mujeres no tiene razón de ser. Por el contrario, éstas pueden constituir una salida a la acción política para reencontrarse con una mayoría de la población, ayudar a encontrar credibilidad en la política y alentar la participación ciudadana que reclama una nueva democracia. Porque, en definitiva, la política para hombres y mujeres no debería «ser algo diferente de lo que la periodista Salima Ghezalim expresaba como el cometido de las mujeres en todas partes: hacer la vida más agradable y llevadera a los demás»⁸¹.

⁸¹ RIVIÈRE, Margarita *El País*, 11-IV-2004.